



JUVENTUD EN LUCHA

RAFAEL MORA RAMIREZ

ACUED
EDICIONES

Dedicado a Zenón Depaz Toledo,
a Pablo Quintanilla Pérez-Wicht
y a la Universidad Nacional Federico Villarreal

A todos los que perdieron, pierden y perderán
a alguien

A todos los que te perdieron, te pierden y te
perderán

A todos los que perdiste, pierdes y perderás

A todos y todas, perdedores y perdedoras

A todas y todos, perdidas y perdidos

Por ustedes me esfuerzo

Juventud en lucha

Rafael Mora Ramirez



Juventud en lucha

© Rafael Mora Ramirez, 2022

© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2022

Diseño y diagramación:

Héctor Huerto Vizcarra y Carolina Velásquez

Diseño de cubierta:

Gerardo Espinoza Trujillo

Cuidado de la impresión:

Olinda Yamunaque

Fotografía de la portada:

Ernesto Benavides / Agencia France Presse (AFP)

Editado por:

Asociación por la Cultura y Educación Digital

ACUEDI Ediciones

Calle Vertiente N° 179 - La Molina

Lima - Perú

RUC: 20546738419

acuediperu@gmail.com

Primera edición: Junio 2022

Tiraje: 500 ejemplares

Impreso por ACUEDI Ediciones

Av. Argentina 144, Cercado de Lima

Junio 2022

ISBN: 978-612-5041-21-0

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-05222

Índice

Prólogo.....	09
Caída.....	11
El ingreso.....	19
La universidad.....	27
Aprendizaje.....	42
Tensión.....	50
El taller.....	63
La comisaría.....	74
A las calles.....	83
Héroes.....	93
Legado.....	101
Epílogo.....	114

Prólogo

La falta de buena voluntad en este mundo hace que la vida sea cada vez más difícil. Las personas que ocupan puestos de poder no se ponen de acuerdo acerca de cómo resolver los problemas más urgentes.

La codicia, al igual que la estupidez, no tiene límites. La humanidad codiciosa se concentra en acumular gran parte de las riquezas en pocas manos, asegurando así que el derroche de unos cuantos nunca termine, a pesar del sufrimiento de las inmensas mayorías.

La estupidez reinante ha sido consecuencia del constante bombardeo de estímulos a los cuales ha estado sometido el ser humano desde que la tecnología cobró fuerza y aceleró la continua mejora de sus modernos aparatos.

Los principales problemas del mundo son pocos, aunque también graves. La sobrepoblación, el calentamiento global, la destrucción de la naturaleza, el aumento de las enfermedades, el terrorismo, la violencia y la drogadicción, son males que se podrían resolver si los poderosos cambiasen sus prioridades.

La manipulación del hombre mediante la tecnología ha ocasionado que exista mayor interés por fomentar y atestiguar la evolución de las actuales máquinas. Por este motivo, se está dejando de poner interés en el progreso y el cultivo de las relaciones humanas, la moral y la inteligencia.

Nacemos libres, pero estamos encadenados en cada aspecto de nuestras vidas. Hay que pedir permiso para vivir en paz

y tranquilidad. Y esto solo se puede lograr si uno posee una sólida cuenta bancaria.

La supuesta libertad solo les funciona a los que tienen mucho dinero. Una tarjeta de crédito inagotable puede asegurar que las leyes sigan el ritmo de cualquier orquesta. No hay límites legales que un costoso y lujoso ejército de abogados no pueda romper.

La igualdad se ha convertido en un privilegio que solo deben reclamar los que se encuentran entre los grupos que definen nuestro futuro económico. La dirección es clara. No se trata de que los pobres se vuelvan ricos. Se trata de que los ricos no se vuelvan pobres. Esa consigna de igualdad y democracia es la que nos han estado ofreciendo.

La justicia debería integrar los ideales de la libertad y la igualdad. Todos deberían ser libres, independientemente de su fortuna personal.

Nadie debería ser discriminado ni tendría que ser apartado de la oportunidad de estudiar, trabajar y vivir saludablemente y con dignidad. Por esas nobles causas se luchó desde que logramos la independencia en nuestra patria.

Los jóvenes aprenden rápidamente a detectar la desigualdad y comprenden que los mayores no están realizando un buen trabajo para mejorar al mundo. Los viejos han visto un mundo desecho y su corazón destrozado se ha adaptado a contemplar con inercia los males de este mundo.

Frente a este triste panorama, los muchachos que deseen cambiar el mundo deben cuidarse de no convertirse en esos mismos ancianos que hoy son cómplices de la desgracia global. Esa debe ser su principal preocupación.

Caida

Lima estuvo copada. Entre las tres de la tarde y las ocho de la noche la movilización se mantuvo tranquila. Había de todo. Mozuelos y maduros, agrupados y marchando en las calles, ancianos observando desde las alturas, algún que otro taxista maleducado y, desde lejos, gente que los apoyaba y otros que los detestaban. Algunos, que vivían en los más altos edificios, salían por sus ventanas y hacían ruido golpeando sus cacerolas con una cuchara en señal de apoyo. Pero tampoco faltaban los chóferes que pasaban con sus carros a toda velocidad y se detenían un momento para gritarles. «Váyanse a trabajar, ¡vagos!», «se van a enfermar» y «¡terrucos!», gritaban furiosamente los opositores.

En una marcha se camina bastante y también se corre cuando la avenida está conectada a una vía exclusiva para automóviles. En todo el recorrido, unos policías conformaban un cordón humano que limitaba los movimientos de los manifestantes, mientras otros estuvieron a la espera de algún desmán para poder intervenir con sus varas reglamentarias.

Los vendedores ambulantes hacían negocio aprovechando el tumulto y vendían todo lo que podían: mascarillas, banderas, vinchas, comida y demás. Cuando los agentes del orden no arrojaban bombas lacrimógenas, lo que más compraban los manifestantes era agua. Pero, si todo se salía de control, el tumulto tenía todo preparado para alejarse e inhalar su toalla remojada en vinagre medicinal.

Tres drones de la policía se desplazaban por el aire tratando de obtener evidencias de algún delito. Pero esta marcha

era enorme y cuadra tras cuadra dibujaba una gigantesca serpiente urbana. Una manifestación así de larga se dividía en tres partes. La de atrás era para aquellos que no podían correr mucho y que preferían estar alejados para evitar algún accidente. Ellos no suelen estar muy pegados y, en cualquier momento, pueden desertar.

En el medio estaban los artistas, los músicos, los *tiktokers*, los *youtubers* y los fotógrafos que se toman *selfies* con sus amigos para subirlos a las redes. Todo se transmitía en vivo. La música retumbaba en este espacio. Sonaban chicharras, tambores, que- nas, zampoñas y megáfonos. Esta era la parte más activa.

Sin embargo, la parte de adelante era la más importante, pues era la de avanzada, la que conquistaba el terreno y le daba seguridad al resto. Era la cabeza de la marcha y en ella se ubicaban los principales dirigentes y delegados de la manifestación. Los de allí eran los más valientes y los que tenían alguna responsabilidad clave.

El joven Diego, después de dejar a los del medio, corrió y llegó hasta esa parte acompañando a varios de sus compañeros. Él pensaba en lo que le había dicho Brisa el día de ayer. Estaba preocupado por esa sorpresiva noticia y, a la vez, tenía que estar concentrado para ayudar a sus compañeros a mantener la manifestación en progreso y sin sobresaltos. El cariño y la intensa entrega de ambos muchachos había tenido un fruto. El amor se consolidaba en una nueva criatura y ambos como pareja habían acordado aceptar el reto. Aunque era muy joven, ya iba a ser padre. Diego estaba preocupado y feliz al mismo tiempo.

Lo único bueno de todo esto era que estaba acompañado de la mujer que más amaba. Diego la había dejado en la parte del medio, bien segura y rodeada de sus amigos y amigas para que la cuiden. Él se movía de un lado a otro, buscando a su gente y gritando entre los vítores cuando era necesario. Era la primera marcha en la que participaba y también sería una de las más grandes y multitudinarias de la segunda década del siglo XXI.

La idea de una manifestación social era la de mostrar molestia, desacuerdo e indignación. Había riesgo de disturbios, destrozos y destrucción. Aunque eso no debería pasar, si la marcha era pacífica. Los policías, supuestamente, estaban allí para evitar que las cosas se salieran de control. No obstante, muchas veces ocurría que, los que deberían mantener el orden, también eran los que provocaban todo lo contrario. Y esta vez no sería la excepción. Hay cosas que nunca cambiarán.

Eduardo había recibido las órdenes de mantenerse dentro y fuera de la manifestación como infiltrado. Él era el hombre de confianza del jefe de la Policía y, por su notable desempeño, los más altos mandos tomaban sus sugerencias como órdenes. Su misión era la de detectar a los «tucos». Así es como la inteligencia policial llamaba a los sospechosos de terrorismo o a cualquier apologeta y seguidor de Sendero. También debía desmoralizar la marcha, provocando altercados y empujando a sus integrantes hacia los agentes para dispersarlos y desconcentrarlos. En todo momento estuvo camuflado, cubriendo su frente con un pedazo de tela que luego cambiaría por unos lentes negros, que le permitían ver en la oscuridad sin ser fácilmente reconocido.

En un inicio había arte, baile, cantos, arengas y disfraces coloridos. Un *otaku* lucía su traje de Naruto y otro se disfrazó de Elmo, un monstruo de plaza Sésamo. Otro más excéntrico se veía como *Ironman*. Parecía una convención de *cómics* y *animes*. Era como una invasión de *cosplayers*. La mayoría de muchachos tenían puestos sus polos de la selección peruana de fútbol, el símbolo patriótico no oficial del pueblo. Ese momento pareció el *Halloween* que nunca tuvo el Perú del 2020. Todo ello era una fiesta... pero, esto cambió aceleradamente cuando Diego y los demás intentaron avanzar hasta el principal objetivo de la manifestación.

Ya casi a las nueve de la noche la idea era acercarse a como dé lugar al mismo Congreso de la República, reconocido como el principal foco de la corrupción. Durante mucho tiempo ha sido considerado como el obstáculo que evita el progreso y la

unidad del país. Además, el notable conflicto entre los poderes Ejecutivo y Legislativo evidenciaba la falta de interés de la clase política hacia los principales problemas de la sociedad peruana en esos momentos de crisis sanitaria. Al mismo tiempo, los policías y sus agentes camuflados, en distintos puntos estratégicos, reprimían ferozmente todos los intentos por llegar o siquiera acercarse a la sede del Parlamento de la avenida Abancay.

Al comienzo, las bombas lacrimógenas no fueron tan difíciles de maniobrar. El entrenamiento que Diego había recibido, la práctica constante y las charlas con expertos le ayudó mucho. En estas épocas, toda la información fluía libremente por la web y se podía encontrar a gente de todos los países contando públicamente sus experiencias. Basta con colocar en *YouTube* «desactivar bombas de gas».

—Primero, mezclamos el bicarbonato con el agua en proporción de tres a uno. Luego, se agita. Ahora, agarro el balde vacío, lo lleno hasta la mitad, meto la bomba y lo tapo. Solo basta esperar los tres minutos y... ¡Ya está! —comentaba Diego en voz baja a sus compañeros mientras reconocía que el método servía.

Otra opción era devolverlas. Si por carencia del material necesario las bombas no pueden ser desactivadas, entonces estas tenían que ser arrojadas a otros lugares lejanos para que la gente de la concentración social no se vea perjudicada. Para eso servían los guantes y las máscaras antigás. También había un grupo especializado que se encargaría de lidiar con aquello. Aquella era una movilización organizada.

Todo se complicó cuando los agentes dispararon varias bombas al mismo tiempo y, además, perdigones a escopetazos. Eduardo había informado a sus superiores sobre un trío de revoltosos que él conocía bien y que quería ver en una celda. Sugirió por mensajes de voz que intensifiquen el ataque en la delantera y al medio de la marcha y que no se preocupasen mucho por él mismo. Y así fue. Nadie se esperaba que los represores no midieran su violencia. Era claro que los policías estaban dispuestos a todo.

La jornada de lucha podría convertirse de golpe en una masacre. Pero, esta vez, las víctimas serían jóvenes de apenas dieciocho o veinticinco años.

—¡Están disparando! ¡Están matando! ¡Julita está en el suelo! —gritaba uno de los compañeros de la unidad de desactivación de bombas.

Julia Molina integraba la parte de avanzada de la marcha. Mediante *WhatsApp* todos se mantenían comunicados y en esos mensajes se afirmaba que Julia estaba inconsciente y sangrando. Diego recién había conocido a Julia en los entrenamientos del comando de desactivación de bombas. Ella era parte de una agrupación anárquica radical. Había estudiado sociología. Ingresó muy joven a los diecisiete años y hoy con veintidós ya era bachiller. Siempre colaboraba y compartía sus conocimientos sobre la estrategia de las protestas. No había muchas anarquistas en Lima en ese momento y ahora ella yacía visiblemente herida en el piso. Julia había recibido un impacto fuerte de algo. Era de suponer que el disparo a quemarropa era ilegal en este contexto. Pero no había agentes cerca. Así que debía tratarse de un francotirador apostado en uno de los edificios abandonados del centro de la ciudad.

La policía no vaciló en sofocar la manifestación con fiereza. Ellos tenían un plan diseñado anticipadamente y con miras a no dejarse vencer. La estrategia era la de rodearlos sorpresivamente con múltiples disparos sin que pudieran reconocer de dónde venían. Eso no parecía una estrategia antidisturbios. Era algo más parecido a una guerra.

—¡Vamos a rescatar a Julia! ¡Hay que buscarla y traerla! ¿De acuerdo? —dijo Diego.

—No es seguro. Siguen disparando. Y los compañeros están retrocediendo. Casi no se puede respirar —le respondió su compañero.

—No puedo creer que estos desalmados estén autorizados para disparar a matar. Yo saldré—. Y diciendo esto, Diego miró a sus alrededores y planificó sus pasos.

— No salgas, *brother* —le habló otro compañero.

—Pero Julita está en el suelo, ¡voy a traerla! —gritó Diego y enseguida salió sin que nadie pudiera contenerlo.

Toda la calle estaba sucia y los gases habían formado una niebla espesa que dificultaba ver. Julia estaba a pocos metros, pero también al frente de los policías. Ni siquiera los agentes del orden se dignaban a llevársela a una posta médica o algo semejante. Al parecer, las órdenes eran las de mantenerse solamente en posición de ataque. Cuidar a los heridos no era una de sus prioridades. La idea era ganarles a toda costa a los rebeldes.

Los escombros, los tachos de basura destruidos, algunas vitrinas rotas, trozos de madera, basura quemada y llantas que formaban barricadas... el centro de Lima era un desastre. Ese alboroto era el fiel reflejo de la salud mental de los peruanos en ese momento. Diego, en medio de todo eso, salió intempestivamente de su refugio. Tal vez, pensaba que si corría rápido nada le pasaría. Los jóvenes piensan que si actúan de modo impulsivo lograrán lo que desean. Esa energía era parte típica de su forma de ser. Pero justo cuando se detuvo para no pisar un pedazo filoso de una botella rota, se escuchó un disparo muy cerca. Todo estaba oscuro y solo se podían distinguir siluetas y chispazos brillantes. Algo impactó contra la cabeza de Diego y él se desplomó pesadamente. Todos los que estuvieron cerca lo vieron y se contuvieron de salir. No querían terminar igual que Julia y Diego.

La vida de Diego era muy diferente hace poco más de un año, cuando no había pandemia, ni clases virtuales, ni inestabilidad política. Este joven tenía ideales y convicciones tan comunes como las tuvieron en su momento, seguramente, todos los que hoy pintan canas. Quizás quedarse encerrado en casa por un mes o más no hubiera sido tan trágico, si el gobierno y las autoridades del legislativo hubieran tenido más consideración por el sufrimiento de la gente. Cuesta creer que las personas mayores, las que deberían dar el ejemplo y las más autorizadas para guiar a los demás, sean las primeras en caer en comportamientos excesivos.

No era aceptable que la gente, que tiene procesos penales y juicios pendientes, se escuden en la inmunidad parlamentaria para sentenciar al presidente usando la misma ley que ellos evaden. Eso, para muchos, era lo indignante.

Los estudiantes universitarios no manejaban armas de fuego. Ellos solo venían cargados de ansias por conocer y de amor por sus profesiones. Los muchachos que lograban una vacante en una casa de estudios seguían el rumbo del progreso que sus familias les habían inculcado y que habían desarrollado desde el colegio. Las únicas armas con las que contaban eran las de la crítica y la creatividad. En ellos había un potente ímpetu, ganas de cambiar al mundo y siempre se oponían a todo tipo de tiranías.

Los policías estaban entrenados en maniobras de batalla. Mantenían sus cuerpos en forma con constante ejercicio y estaban obligados a obedecer las órdenes de sus superiores sin chistar. Ellos debían aprender a lidiar con el peligro desde que asumían su deber como prioridad. Cuando andaban por las calles enfrentaban la posibilidad de morir a manos de un forajido criminal. Lo que arriesgaban era gigantesco y, para tener vocación de policía, se debía tener también amor por el orden moral de la sociedad.

Pero la situación era inaudita. No tenía sentido que la policía enfrentase a las masas de jóvenes universitarios como si se trataran de delincuentes. De ambos lados hubo excesos. Unos no calcularon la violencia de su accionar y otros subestimaron la función de los agentes en una manifestación. Ambos bandos eran irreconciliables. Sin embargo, la policía, que decía servir y ayudar a la ciudadanía, estaba bajo el mando de un poder institucionalizado de manera fraudulenta y, en total incoherencia con sus metas y objetivos, disparaban y arrestaban a los estudiantes. Los jóvenes que huían, ahogándose con el gas venenoso y cegados por el llanto que provocaba su inhalación, eran presa fácil de la Policía. Eso enardecía a algunos que tiraban piedras y se

defendían con palos al no poder soportar semejante abuso.

Esa fatídica noche fue muy oscura y hace tiempo no se veía nada igual. Los representantes del orden castigaban a los que tenían todo el derecho a protestar en un enfrentamiento francamente desigual. Los policías contaban con armas y los jóvenes con una firme voluntad. Diego tenía la esperanza de cambiarle el rostro al país formando parte de una lucha que buscaba mostrar la cólera, el enojo y el enfado de la gente hacia una clase política insensible. Él participó en una manifestación social contra un régimen ilegítimo y ahora estaba tirado en el piso, lastimado, sangrando y, tal vez, con los minutos contados. Nadie podía asegurar esto todavía. Pero, antes de continuar, será mejor tratar de entender cómo era antes la vida de Diego. Para ello, tendremos que conocer lo que él vivió.

Publicado por ACUEDI Ediciones
Junio 2022

ACUEDI *es lectura para todos*